

El orden previo a la actividad del individuo

Alan Emmanuel Castro Bustos*

Resumen

En la obra Política, Aristóteles establece un orden a partir del cual se deben realizar las actividades dentro de una ciudad si se quiere que ésta cumpla su fin del mejor modo posible. Este orden está presente en el individuo mismo y en la ciudad. Si los individuos actúan de este modo, entonces la ciudad que conformen tendrá el mismo orden. Se tendrán así a individuos virtuosos y una ciudad que cumpla una autosuficiencia del mejor modo. Tal orden es jerárquico y se establece en las dos partes que conforman al ser humano: alma y cuerpo. Se tratará de demostrar como este orden prevalece en el pensamiento estoico a pesar de las implicaciones políticas que trae por consecuencia el surgimiento del imperio romano, no ya en el plan de una ciudad perfecta, sino de un individuo en busca de una virtud propia dentro de la naturaleza.

Palabras clave: cuerpo, alma, individuo, actividad, orden.

El siguiente ensayo se centrará en la idea de la división en dos aspectos que se supone conforman al ser humano: alma y cuerpo. En el pensamiento de Aristóteles tal idea se presenta constantemente. Estos dos elementos se relacionan entre sí. Se tratará de explicar cómo esta manera de concebir lo que es “hombre” funciona como fundamento en el mandar y obedecer que se establece en la obra *Política*. Después se analizará el pensamiento de Séneca y del estoicismo; observaremos de qué manera se mantiene la misma división en la concepción de individuo dentro de su pensamiento y las consecuencias que se reflejan en el modo de ser particular. Para analizar el pensamiento de este autor, se utilizará su libro *Sobre la felicidad*.

* **Estudiante de Licenciatura en Filosofía en el Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades, Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Autónoma del Estado de Morelos.**

El mandar y obedecer en la *Política* de Aristóteles son cosas necesarias y convenientes. La regla de esta práctica se hace presente en la relación amo-esclavo. Ha de ser ahí donde se rastreará el supuesto inicial a partir del cual Aristóteles estructura su gobierno. ¿En qué consiste la relación entre amo y esclavo? ¿En qué lugar se da y con qué fin? Tanto amo como esclavo han de ser hombres, “el que siendo hombre no se pertenece por naturaleza a sí mismo, sino a otro, ese es por naturaleza esclavo” (Aristóteles 14). La relación entre estas dos clases de hombre es, en primer lugar, de pertenencia. En ella hay un hombre que posee y otro que es poseído. Dicha relación se manifiesta en la práctica como el mandar y el obedecer. Aquí es asumida como una verdad fundamental la proposición: *la parte obedece al todo y le pertenece*, la cual es asumida por el autor a lo largo de su obra. El que manda posee a quien manda y éste es una parte de aquél. En esta práctica el dirigente de la acción es amo y el que realiza dicha acción esclavo. Ambos son distintos entre sí, pero la actividad en que ambos se ven involucrados se dirige hacia un mismo fin.

Si ambos individuos son distintos entre sí en su relación, ¿qué es lo que hace que uno sea amo y el otro esclavo? En el texto se da una respuesta que tiene principalmente en cuenta la función de cada una de las partes: “En efecto, el que es capaz de prever con la mente es un jefe por naturaleza y un señor natural, y el que puede con su cuerpo realizar estas cosas es un súbdito y esclavo por naturaleza” (Aristóteles 5). La posición de amo es de poseedor y dirigente. Al hablar de propiedad, Aristóteles habla de una “multitud de instrumentos” (12), de los cuales el esclavo sería como un “instrumento previo a otros instrumentos” (12). El esclavo forma parte de los instrumentos del amo; es *una posesión animada y subordinado para la acción*. Todo instrumento tiene una función y las posesiones, dice Aristóteles, “son un instrumento para la vida” (12). Menciona que la relación entre amo y esclavo (o heril) es una de las partes primeras y mínimas de la casa.

La casa es el lugar en el que se da la relación heril. El conjunto de casas conforman la aldea, y la comunidad perfecta de varias aldeas es la ciudad. Para Aristóteles toda comunidad tiende a un bien, y la ciudad, al incluir a todas las demás, tiende al bien supremo. La ciudad tiene “el nivel más alto de autosuficiencia, que nació a causa de las necesidades de la vida, pero subsiste para el vivir bien.” (7)



El esclavo, entonces, debe darse en la ciudad, pues la casa no es posible sin la ciudad. Al ser el esclavo una parte del amo como posesión e instrumento, ambos constituyen cierta unidad dentro de la ciudad.

“Donde quiera que uno manda y otro obedece, hay una obra en común. En efecto, en todo lo que consta de varios elementos y llega a ser una unidad común, ya de varios elementos, ya de elementos continuos o separados, aparecen siempre el dominante y el dominado, y eso ocurre en los seres animados en cuanto pertenecen al conjunto de la naturaleza. De hecho, en los seres que no participan de vida existe cierta jerarquía, como la de la armonía”. (Aristóteles 14-15)

En efecto, Aristóteles ve en los elementos que componen el mundo una constante jerarquización, lo que le hace pensar que ésta es natural. Así también la relación entre el amo y el esclavo resultará una relación natural. El autor dice: “Pero hay que estudiar lo natural con preferencia en los seres conformes a su naturaleza y no en los corrompidos” (15). La noción de jerarquía como algo natural viene considerándola desde el individuo mismo, el cual, según dice, se encuentra constituido de alma y cuerpo. Para el filósofo, el hombre que está mejor dispuesto en cuerpo y alma tendrá a la última mandando al primero.

Ya que en los malvados o de comportamiento malvado, el cuerpo parece muchas veces mandar en el alma por su disposición vil y contra naturaleza. (15)

En Aristóteles la naturaleza impone siempre un fin a todo lo que en ella existe. “La naturaleza no hace nada con mezquindad, como los forjadores el cuchillo de Delfos, sino cada cosa para un solo fin” (5), por lo que todo aquello que sea conforme a la naturaleza y sea, a su vez, parte de un todo, deberá tener una función específica que sirva para el fin al que apunta el todo al que pertenece. “En efecto, lo que cada cosa es, una vez cumplido su desarrollo, decimos que es su naturaleza” (7). El desarrollo aquí debe tener algo que ver con una función específica en la casa. Al ser amo y esclavo una unidad y al estar basada su organización de manera análoga al individuo, uno tendrá la función que tiene el alma y otra la del cuerpo.

El esclavo necesita el mandato del amo, la palabra que le haga hacer un acto racional y justo; no puede ser él quien dé origen al mandato de la recta acción.

Cuando Aristóteles da la definición al humano de animal social, lo distingue de las demás especies por el hecho de poseer la palabra. Ésta propiedad le da a su alma la categoría de racional. La palabra, dice Aristóteles, “es para manifestar lo conveniente y lo perjudicial, así como lo justo y lo injusto” (9). Parece ser que la palabra es la manifestación de la razón y prueba de que el alma humana participa de ella. Aristóteles dice a demás: “poseer, él sólo, el sentido del bien y del mal, de lo justo y lo injusto, y de los demás valores, y la participación comunitaria de estas cosas constituye la casa y la ciudad” (9).

Al ser hombres tanto el esclavo como el amo participarán de un alma racional pero no de la misma manera, ya que: “es esclavo por naturaleza el que puede ser de otro (por eso es precisamente de otro) y el que participa de la razón tanto como para percibirla, pero no para poseerla” (16). Dice también que son esclavos “cuantos su trabajo es el uso del cuerpo, y esto es lo mejor de ellos” (40). Y por otro lado es amo por naturaleza el que es capaz de prever con la mente. “Por eso el que manda debe poseer perfecta virtud ética (pues su función es sencillamente la del que dirige la acción, y la razón es como el que dirige la acción)” (40). Hay un elemento en esta unidad que posee la razón y da origen a la palabra, y un elemento que entiende la palabra pero no la posee, es decir, no puede dar origen a ningún mandato por realizarse.

Vemos aquí cómo la primera división que se da en el individuo *alma* y *cuerpo*, así como la relación entre ambas, se traslada a una división y relación entre personas individuales. El amo se diferencia del esclavo en tanto ocupa una función distinta a la de él. Los atributos del alma racional así como su función en el momento de la acción son los más sobresalientes en el amo, por lo que asume tal papel en las acciones que se realizan con un fin para el cual su propia individualidad no es suficiente. Pues como se ha dicho, la relación amo y esclavo sucede en la ciudad, la cual tiende al fin supremo: el nivel más alto de autosuficiencia. El amo administra la casa y el esclavo se encarga de realizar las acciones. Éste último, al limitarse a obedecer, ocupa por completo el papel del cuerpo. Asumiendo que el cuerpo es capaz de obedecer a su razón, y que dicho orden es natural, se sigue que el esclavo es definido en la práctica como un cuerpo capaz de obedecer órdenes. En efecto, el ver en qué orden deben ser ejecutadas las acciones que se le manden y de qué modo debe hacerlo le corresponde al amo.

El esclavo necesita el mandato del amo, la palabra que le haga hacer un acto racional y justo; no puede ser él quien dé origen al mandato de la recta acción. Para que esto se dé adecuadamente no debe olvidarse tener en cuenta que tanto amo como esclavo persiguen un mismo fin, y es por eso que Aristóteles dice: “Por eso también hay un interés común y amistad recíproca entre esclavo y amo, que merecen serlo por naturaleza. Entre los que no se da tal relación, sino que lo son por convención y forzados, sucede lo contrario” (20). Es decir, el esclavo debe hacerse sumiso sabiendo que él mismo no podrá actuar de una manera recta o razonable; debe asumir una incapacidad para mandar correctamente, es decir, incapacidad regirse por sí mismo y llevar una vida buena.

Como se ha mencionado, el fin de la ciudad es alcanzar el grado más alto de autosuficiencia. El estado de autosuficiencia es presentado como el punto de regularidad al cual precede todo un proceso de transformación que comienza con las actividades y organizaciones que demanda la necesidad de vivir. Éste estado es la realización de la ciudad. En él es posible la buena vida. El hombre que es ciudadano y está inmerso en la organización y participa del régimen de su ciudad puede ser feliz. Así Aristóteles dice sobre los ciudadanos que “aunque sean desiguales, su tarea es la seguridad de la comunidad, y la comunidad es el régimen” (Aristóteles 118). La composición del gobierno que establecen los ciudadanos para el funcionamiento de la ciudad es el régimen. El constante mejoramiento de cada hombre según su función apunta hacia la virtud. Sólo se puede vivir feliz si se cumple con una función determinada dentro de la ciudad. La función de cada integrante de la ciudad debe apuntar a un mismo fin. Evidentemente el amo de la casa es el ciudadano y el que participa del régimen. Pues es él quien, según Aristóteles, tiene la capacidad de prever con la mente.

Cada miembro propiamente de la ciudad en cuanto ciudadano debe contar con una virtud que lo haga común como tal, por lo que dice Aristóteles: “la virtud de un ciudadano digno parece que es el ser capaz de mandar y obedecer bien” (120) (Cabe señalar que ésta relación entre el mandar y obedecer es distinta a la que se da con el amo y el esclavo: a diferencia del amo y esclavo cuya relación es de pertenencia, entre ciudadanos libres se debe dar “el mando político, que el gobernante debe aprender siendo gobernado” (121). Gobernantes y gobernados deben ser

El constante mejoramiento de cada hombre según su función apunta hacia la virtud. Sólo se puede vivir feliz si se cumple con una función determinada dentro de la ciudad.

los mismos y diferenciarse sólo en la edad). En cuanto esto es parte fundamental de lo que define al ciudadano, su vida será mejor en tanto mejor cumpla con esta virtud común y su función en específico dentro del régimen. Sólo así, en el mandar y obedecer está la verdadera libertad. Se sigue que el esclavo, al poseer solo el cuerpo debe estar siempre sometido a un dictamen racional del que él mismo no puede ser autor.

Considerando esta ordenación de las funciones a partir del individuo, el pensamiento de Aristóteles es analógico. Debido a que “la felicidad es una actividad” (365), ésta debe ser cumplida con el mismo orden; debe estar dirigida por la racionalidad del alma. Para el hombre sus bienes son instrumentos y en cuánto más virtuoso sea el que haga uso de ellos más virtuosas serán las acciones del individuo y en común de la ciudad ya que el individuo es parte y una función en ella. El autor nos dice que “la felicidad es lo mejor y ésta es una actualización y uso perfecto de la virtud” (377). El cuerpo y la propiedad del individuo deben estar en una relación de subordinación con respecto al alma.

Para Aristóteles no hay manera de ser feliz a menos que el individuo se encuentre en las condiciones descritas. Es necesario que la persona virtuosa sea un ciudadano del régimen mejor, el cuál lo será en tanto su manera de organizar sea análoga a la constitución *alma y cuerpo*. En el hombre virtuoso es el alma la que produce las acciones mejores y las más virtuosas. El alma tiene papel de dirigente en la actividad de la felicidad. La razón debe ser entonces quien mande en todo momento. La razón se presenta en mandatos que deben ser llevados a cabo, concretizados en acciones que produce su esclavo: el cuerpo; sólo actuando de tal modo, dice el estagirita, es posible ser feliz además de libre.

Veamos ahora de qué manera los estoicos conservan esta dinámica en la que entran el alma y el cuerpo. Esta escuela filosófica surge en el periodo de tiempo llamado Helenismo. “Tradicionalmente, la palabra ‘helenístico’ designa el periodo de la historia griega que abarca de Alejandro Magno, el Macedonio, hasta el imperio romano, por tanto del siglo IV a. C. a finales del siglo I a. C.” (Hadot 105). Con el imperio Romano irrumpiendo en Grecia, en la *Polis* suceden grandes cambios. “*Polis* significa una *unidad social, religiosa, económica y política independiente*, con una población limitada y un área geográfica restringida” (Valencia, 6).

Alejandro Magno extiende la influencia griega desde Egipto hasta Samarcanda y Tashkent y también hasta el Indo. La expansión del imperio del macedonio trae como consecuencia que: “Las tradiciones, las religiones, las ideas, las culturas se mezclan” (Hadot 105). Las ciudades como Atenas, que era una polis ya no despiertan ese sentimiento de nacionalismo que se tenía en la época de Aristóteles y Platón. Con la mezcla de razas y culturas Grecia conoce el mundo, ese mundo que antes de Alejandro Magno había sido considerado como un mundo bárbaro.

La mezcla de razas se hace presente en el estoicismo desde que observamos a su fundador Zenón de Citio. Diógenes Laercio cuenta sobre este personaje que: “Cuando se dedicaba al comercio de la púrpura, naufragó con su carga de Fenicia ante el Píreo. Subió a Atenas” (330). Se cuenta que Zenón tenía raíces fenicias. Al llegar a la ciudad de Atenas, se introdujo en la filosofía aprendiendo los cínicos, un grupo de personas que compartían los mismos ideales filosóficos. Su maestro fue Crates.

Los estoicos conciben al hombre feliz y a la vida feliz independientemente de la ciudad y el régimen en que éste pueda encontrarse. Como los cínicos, los estoicos también buscan ser cosmopolita, es decir, ciudadanos del mundo. Su pensamiento por lo tanto ya no se centra en formar hombres políticos para diseñar una ciudad entera. En los asuntos sobre la felicidad y la buena vida la creencia en el *lógos* es de suma importancia para ellos. Éste “anima un Cosmos en el que todos los hombres existen como hermanos emparentados a través de su *capacidad racional*, privilegio divino” (García, Imaz 115-116). En efecto, el alma de los seres humanos es de la misma naturaleza que el *lógos* (asociada al fuego por ser el elemento más dinámico y el que mueve y ordena a toda la materia). Esta doctrina como el cinismo, tiene por máxima de comportamiento el *actuar de acuerdo con la naturaleza*. Considerando este *lógos* como un principio racional los filósofos estoicos sostenían que los acontecimientos en el mundo sucedían de manera racional. La naturaleza de lo existente se rige por la regla: causa y efecto. El alma o raciocinio del hombre, al tener afinidad con este principio, puede comprender la estructura y el funcionamiento del cosmos.

Actuar conforme a la naturaleza para los estoicos significa conocer las condiciones en que se vive y a partir de ello actuar buscando siempre el bien, es decir, actuar de manera racional y por lo tanto natural. El estoico está muy

consciente de que hay cosas en este mundo que pueden controlarse y otras que no. El exterior o el mundo en el que se vive no dependen de nosotros, pues lo único que depende de nosotros es nuestra manera de reaccionar ante el destino determinado por la causalidad. En efecto, no se puede cambiar al mundo sino a uno mismo.

Los estoicos siguen pensando que el ser humano se conforma de dos entidades que conforman una sola forma de vida. También aquí el alma ocupa el puesto que dirige la acción. Una vida estoica debe ser fundada en el conocimiento del mundo que posibilita la razón. Al conocer la realidad y sus patrones de movimiento, el estoico moldea su conducta. ¿Qué es lo que busca el estoico con esta manera de actuar? Ellos también buscaban la manera en que se pudiera vivir feliz.

El pensador estoico Séneca (en latín, Lucius Annaeus Seneca; Corduba, 4 a. C.-Roma, 65 d. C.), en su *Sobre la felicidad* nos habla sobre la vida que considera feliz. En un principio del libro el filósofo está convencido de que sea lo que sea la felicidad, no es posible encontrarla en los modos de vida de la multitud, pues: “la multitud se ha plantado en contra de la razón, como defensora de su perdición” (Séneca 65). El modo de vivir del rebaño es “no según nos dicta la razón, sino por imitación” (64). Vivir por imitación no es regirse por medio de la razón. La imitación sugiere que la vida no está pensada en el mundo como lo veían los estoicos. Para imitar no hay que entender la naturaleza del cosmos, sino solamente observar y de cierta manera dejarse guiar por la manera de vivir de otras personas. No es la razón en la imitación quien tiene una posición de amo.

Séneca se dispone a tomar más bien como modelo de vida a la naturaleza; “no apartarse de ella y formarse según sus leyes” (69). A lo largo de toda la obra Seneca atribuye a la vida bienaventurada un carácter resistente. ¿A qué hay que resistir en la vida si se quiere lograr la felicidad? Dice el autor que ésta consiste en “el desprecio de los placeres” (72). Pues el filósofo arguye diciendo que al placer siempre le sigue el dolor. Por eso la manera de vivir correctamente es buscar la imperturbabilidad. Concentrar la vida sabiendo que el mundo de afuera nunca debe ser la fuente de los bienes. Los placeres a despreciar son, desde luego, los del cuerpo. “Jamás se debe tener seguridad en algo cuya naturaleza descansa en el movimiento” (79). Los placeres corporales para Séneca convierten en esclavo al hombre. Parece ser que cuando el cuerpo es el que con sus apetitos y deseos manda en la vida, uno no es



dueño de sí mismo, o bien, es esclavo de su propio cuerpo. Para Séneca feliz es “el que tiene un criterio recto [...] el que prefiere sus propias cosas a las que puedan venir de fuera” (76). Es por eso que la manera de actuar que conduce a la felicidad se concentra en la manera de reaccionar. El tener un buen criterio es poseer conocimiento acerca del mundo. El tener en la mente los patrones de comportamiento en el mundo hace pensar que la persona misma posee una base sólida que no cambia, a partir de la cual se puede actuar con seguridad. No hay que olvidar que sólo la sana razón puede disponer de este criterio. Por tanto la manera de vivir del estoico, quien se manda a sí mismo y se obedece a sí mismo (o si se prefiere, manda con su alma a su cuerpo), es la vida que ellos consideran auténticamente libre. Pues sólo es libre quien tiene el control de sí mismo, es decir, quien mantiene en este orden previo al actuar a su alma y cuerpo. Desde Aristóteles se cree que sólo hay una manera de estar en tal situación.

El dividir al hombre en dos partes trae como consecuencia, en Aristóteles, una manera de dividir a los individuos entre ellos. A uno se le asignan tareas que se creen propias del cuerpo y al otro las que son propias del alma racional. La palabra es la manifestación de la razón, por lo que el mandato que se cumple es la actividad que se realiza de manera natural. La palabra “Naturaleza” parece ser usada en el texto *Política* como fundamento al orden establecido por su autor en el individuo y la ciudad; lo que difiera de este orden es antinatural, corrupto. Sólo el hombre que posee la razón en todo su aspecto (es decir, que no sólo comprende a la razón sino que además es capaz de dar origen al mandato) es dueño de sí mismo; sólo él puede ser feliz y libre. El régimen de la ciudad se funda en el mismo principio, en el cual la razón de los gobernantes articula a todo un Estado. Como el humano, la ciudad es un todo que se divide según las funciones de las partes. El cuerpo resaltado en el individuo se reduce a la categoría de instrumento. Cuando con el estoicismo se le da un valor más grande a la unidad del individuo no rechaza este mismo orden en el operar del alma y cuerpo. El ser amo de su propio cuerpo es lo que permite la felicidad y la libertad. El cuerpo debe servir sólo para cumplir la voluntad

Para el hombre sus bienes son instrumentos y en cuánto más virtuoso sea el que haga uso de ellos más virtuosas serán las acciones del individuo.

¹ Y tomando en cuenta que ella es, según Aristóteles, quien prescribe los fines a todas sus criaturas. Ella les ha otorgado ya su esencia antes de que puedan realizarse por sí mismas.

de la razón. Parece ser que cuando se asume tal división en nuestro propio cuerpo, se deja de creer que nosotros somos nuestro cuerpo, o al menos que nuestra esencia no está en él².

Si nos pensamos como una mezcla de *alma y cuerpo*, siempre el último parece estar más alejado y ser más extraño a nosotros mismos que el primero. El cuerpo resulta ser algo a lo que no se le presta más atención que la requerida por la razón, pues él sólo se debe ocupar de obedecer. El cuerpo es efímero así como las sensaciones que él provoca. El placer se va tan rápido como llega, por lo que no es conveniente para la felicidad, ni satisface a la razón. Nos encontramos con filósofos que han pensado una jerarquización dentro del propio individuo, y al hacerlo se ocupan más de una parte que de la otra. ¿No nos lleva todo esto a un desconocimiento del cuerpo? A tenerlo por algo extraño, lejano, limitado a ciertas actividades que se realizan en tanto se le añade “razón” a la fórmula. ¿Se le ha prestado suficiente atención al cuerpo? ¿Seguimos pensando que el cuerpo ocupa en realidad este papel en el orden previo a la acción? ¿Se sigue creyendo en tal? Sería interesante pensar aquellos casos en los que la materialidad hace ruido y no se le escucha.

En aquellos actos que las más de las veces pasan desapercibidos, los que son determinados por impulsos irracionales. Aún hoy se ve que las leyes en las que se funda el estado, (leyes racionales) pretenden corregir la conducta de aquellos que obedecen a las pasiones y necesidades del cuerpo antes que a las del bien común. Se emplean métodos para erradicar algo que quizá no se ha pensado suficientemente.

² Es importante recordar aquí a Descartes, quien metódicamente llegó a la conclusión de que su ser recaía en su yo pensante. Recordemos que su método se origina de la desconfianza que cabe en el conocimiento del mundo; a partir de ello puede dudar sobre la verdad de todo. El camino mismo es trazado ya por la razón misma y en ella está la capacidad de creer que se equivoca. El cuerpo y sus sensaciones parecen ser algo que debe pasar por el juicio de la razón antes de poder ser acreditado como verdadero.

BIBLIOGRAFÍA

- Aristóteles. *Metafísica*. Madrid: Gredos, 2011. Impreso.
— *Política*. Madrid: Gredos, 2000. Impreso.
- García, Gual, Carlos; María Jesús Ímaz. *La filosofía helenística*. Madrid : Síntesis. Impreso.
- Hadot, Pierre. *¿Qué es la filosofía antigua?* Ciudad de México: FCE, 1998. Impreso.
- Laercio, Diógenes. *Vidas de los filósofos más ilustres*. Carlos García Gual (trad.). Madrid: Alianza, 2007. Impreso.
- McNabb, Darin. *La fonda filosófica*. 23 de noviembre de 2016. Web.
- Séneca. *Sobre la felicidad*. Madrid: Biblioteca EDAF, 1997. Impreso.
- Valencia, Elizabeth. *El individuo y lo privado en la polis*. Timpano, 2006. pp. 6-7. Impreso.